

PRESENTACIÓN

MAÍZ, PATATA, COLONIALES... EL IMPACTO DE LOS CULTIVOS AMERICANOS EN LA AGRICULTURA Y EL COMERCIO EUROPEOS, SIGLOS XVI-XIX

ISIDRO DUBERT y PEGERTO SAAVEDRA

Universidade de Santiago de Compostela

LA CIRCULACIÓN de plantas entre los diversos continentes, o lo que se ha llamado también la «agricultura viajera», constituye una de las principales manifestaciones de la globalización económica, con componentes culturales, que se desarrolló de modo acelerado desde finales del siglo XV. La formación de una «economía mundo», en palabras de Fernand Braudel y de su seguidor Immanuel Wallerstein, tuvo como consecuencia que comenzasen a estudiarse las «cadenas globales», basadas en la producción y comercialización de determinados alimentos asociados a territorios concretos, muy alejados unos de otros. Aparte de Braudel, autores como por ejemplo Alfred W. Crosby, Emmanuel Le Roy Ladurie o Serge Gruzinski, se han referido a su vez en textos bien conocidos al «imperialismo ecológico», a la «unificación microbiológica del mundo» o a las «transferencias biológicas» derivadas de la circulación de cultivos, animales, conocimientos técnicos, plagas y enfermedades.

Que esta temática sigue despertando interés entre los investigadores lo prueba, por ejemplo, la celebración en enero de 2016 en Lisboa de la *International Conference Old and New Worlds: The Global Challenge of Rural History*, organizada por la red *RuralReport* y la Sociedad Española de Historia Agraria (SEHA), donde no solo se revisitaron viejos temas, como las transferencias americanas a las agriculturas europeas —y viceversa—, las transformaciones ambientales, la aparición de nuevos paisajes o la difusión de saberes y de plagas, sino que también se prestó una atención especial a los cambios que en los derechos de propiedad de los diversos tipos de tierras —comunes, pertenecientes a parentelas, etc.— y en las relaciones laborales y control del trabajo

ocasionó la conquista y explotación de América y de amplios territorios de África y Asia. Esta última línea de investigación, impulsada principalmente por historiadores portugueses y brasileños, ha avanzado mucho en estos años, tal y como nos lo indican la serie de aportaciones presentadas en el congreso internacional, continuación del anterior, celebrado en junio de 2018 en Santiago de Compostela, *Transitions in Agriculture and Rural Society. The Global Challenges of Rural History*, organizado por la SEHA y la red *RuralReport* en colaboración con los grupos de investigación HISTAGRA y GESPIC de la Universidade de Santiago de Compostela, donde las comunicaciones procedentes de América Latina fueron mayoritarias.

No puede afirmarse, por tanto, que la cuestión de la circulación y expansión de cultivos y técnicas agrícolas haya perdido interés y actualidad, o que sea materia agotada para los investigadores, a pesar de constituir, por así decirlo, un tema clásico de la historia rural. Y ello por diversas razones. De un lado, porque resulta capital analizar las acusadas diferencias de tipo territorial y cronológico que se observan en el impacto que tuvieron las novedades agropecuarias y, de otro, porque es fundamental atender no solo a cuestiones puramente económicas, sino a otras de tipo cultural, imprescindibles para poder explicar el desigual papel que en la alimentación humana alcanzaron ciertas plantas y sus variadas formas de preparación para el consumo. Estas plantas fueron de un lado a otro, pero eso no significa que las prácticas culinarias de sus lugares de origen viajasen con ellas. No es preciso enumerar ahora los cerca de 90 vegetales que en diversos momentos se trasplantaron de América a Europa, o los que, junto con algunos animales, vinieron en sentido contrario, los llevados a Asia, e incluso aquellos que conocieron las más variadas rutas de ida y vuelta, solo que a diferentes destinos, caso del girasol, que de México vino a Europa, desde donde luego, mucho tiempo después, viajaría a Argentina.

No resulta posible sistematizar todos estos intercambios, caracterizados por ser muchos y muy rápidos, pues la difusión de cultivos y animales forma parte de la historia de la humanidad, basta con recordar la llegada a Europa occidental del trigo sarraceno, del sorgo y, antes, del mijo. También es conocido que el producto cuyo consumo alcanzó una mayor difusión territorial y social en la Europa de los siglos XVII y XVIII fue el tabaco, que apenas cultivó a este lado del Atlántico. En España, su plantación se prohibió ya antes del estanco de 1636, y aunque se aclimató con dificultades en los Países Bajos, Alsacia e incluso Inglaterra, las cantidades consumidas procedían de territorios caribeños escogidos al efecto por la monarquía hispana —así como de Brasil y Virginia—, que producían lo suficiente para que ricos y pobres, legos y eclesiásticos, lo fumasen o esnifasen en cantidades crecientes, para gozo de la Real Hacienda, la cual proyectó sin éxito la organización de un monopolio de gran alcance, al objeto de que todo el tabaco utilizado por los europeos procediese de las colonias y se manufacturase en las reales fábricas creadas en diversas ciudades españolas.

El coloquio internacional del *Obradoiro de Historia Moderna* celebrado en Santiago de Compostela en octubre de 2017, *Cultivos americanos, transformaciones agropecuarias e implicaciones del desarrollo de su comercio en Europa y América, siglos XVI-XIX*, organizado por el Grupo de Investigación de Historia Moderna (GIHM) de la Universidade de Santiago y la red internacional *GDRI-Agriculture, Approvisionnement, Alimentation* del CNRS francés, se sitúa en el marco del contexto historiográfico que acabamos de exponer. No en vano, el coloquio fue planteado con el objetivo de analizar, por un lado, las consecuencias de la difusión de nuevos cultivos a partir de las diferencias que se aprecian entre diversos ámbitos geográficos europeos, bien sea en la cronología, en el impacto en los sistemas agropecuarios y sociales, o en la adaptación a las múltiples y diferentes prácticas culturales existentes en dichos ámbitos —y entre las que figura la cocina—. Por otro lado, se trataba de atender a los efectos económicos y sociales que la llegada y difusión de las nuevas plantas americanas tuvieron sobre las tradicionales estructuras y circuitos comerciales, o sobre las formas de comercialización y la manufactura de esas plantas en los lugares a donde éstas llegaban bajo la forma de productos coloniales.

Los cultivos se asocian en origen a una determinada sociedad, a unas técnicas concretas y a unos usos culinarios precisos, y se trasplantan a medios geográficos que en los aspectos mencionados difieren de los de procedencia y a la vez entre sí. De ahí la necesidad de profundizar en el análisis del desigual impacto territorial de las nuevas plantas, lo que exige atender a su utilización para fines muy diversos y a su variada preparación para el consumo humano, a los caracteres de los medios sociales en los que se introducen y, en relación con esto, a los agentes que los impulsan o los frenan, a los cambios que provocan en todo el complejo agropecuario, incluidas las técnicas y los procesos de trabajo y de almacenamiento y conservación.

Los casos del maíz y la patata, los principales productos que enriquecieron la dieta de parte de los europeos hasta mediados del XIX, ilustran bien algunas de esas cuestiones. Que el maíz tuvo un impacto geográficamente localizado es asunto conocido: dejando a un lado las zonas donde al principio se plantó de modo experimental, su área de mayor difusión se sitúa entre los ríos Mondego y Garona por el Atlántico, y en determinadas regiones mediterráneas, si bien aquí, si se exceptúa el centro y norte de Italia, su importancia en el sistema de cultivos fue limitada, como acreditan los casos de Cataluña y Valencia. Hubo una geografía del maíz, en la que reparó Arthur Young, asimilándola en sustancia a la del vino, si bien no faltaron intentos de desbordarla hacia el norte mediante la siembra de especies de ciclo muy corto.

Pero aun con una difusión territorialmente limitada el maíz penetró en medios sociales y culturales muy diferentes. En el mundo atlántico, de Portugal al noroeste de Francia, su cultivo obedeció al patente interés de pequeños campesinos foreros o arrendatarios, que gestionaban sus explotaciones con bastante autonomía y que lo

sembraron primero en lugar el mijo o panizo y después también del centeno y trigo, de modo que en muchas comarcas llegó a representar en la etapa final del Antiguo Régimen el 90% de la producción cerealera. No hubiera avanzado con tanta intensidad y tan rápido si los propios labradores no le hubiesen visto ventajas, aunque hay que decir que los perceptores de rentas tampoco pusieron objeciones a su difusión, al revés de lo que iba a suceder con la patata: si ellos no lo consumían, lo hacían sus colonos, que, además, se multiplicaban en número; era un cereal de fácil comercialización en los pequeños mercados urbanos o rurales, a veces lo compraban los propios campesinos pagadores de rentas; y facilitaba que los cultivadores redujesen el consumo doméstico de centeno y trigo, socialmente más estimado.

En estas circunstancias, y a pesar del escaso aprecio social que se le tenía frente a los cereales de invierno, el maíz se convirtió en muchos lugares casi en el único pan de los campesinos. Originó por tanto identidades sociales e identidades alimentarias en el plano comarcal, a la vez que transformó el paisaje, modificó todo el complejo agropecuario y, de paso, el calendario de las diversas faenas, el utillaje y la clase de personas encargadas de la realización de los trabajos, ahora, en buena medida, a cargo de mujeres. Hizo necesaria también la fabricación de presas de riego, de eras, de construcciones para el almacenamiento y de molinos, pues salvo en el sudoeste de Francia, el maíz fue consumido habitualmente bajo la forma de pan, como se venía haciendo con el mijo, lo que evitó, salvo en algunas comarcas de Asturias, y por razones aún no bien elucidadas, la aparición de la pelagra, que sí afectó a los campesinos y jornaleros franceses, que cocinaban con la harina potajes parecidos a la polenta italiana, tal como hacían con los cereales secundarios tradicionales.

Aunque en el cantábrico el maíz fue unido a la pequeña explotación —que contribuyó a reforzar y multiplicar— y no gozó de aprecio social, no puede afirmarse que fuese causa de empobrecimiento o de degradación de las condiciones de vida de los campesinos. Sí aumentó el número de *bodegueiros* —y de *bodegueiras*—, una especie de *cottagers* que a fines del siglo XVIII representaban una tercera parte de los vecinos de las aldeas, pero hay indicadores solventes, como la baja mortalidad de párvulos y la elevada esperanza de vida —en comparación con otras zonas de la península Ibérica, e incluso de Francia e Italia—, que desmienten que el maíz haya provocado un descenso del nivel de vida de las familias rurales. Diferente fue en cambio el caso de Italia, donde el cereal americano se difundió en un medio social en el que dominaba la aparcería, un tipo de contrato agrario que los propietarios aprovechaban para obligar directa o indirectamente al colono a cultivar determinadas plantas, las más rentables de cara a su comercialización en los populosos mercados urbanos. En este contexto, muchos señores advirtieron con agudeza las ventajas que les reportaba el maíz como alimento de los colonos en lugar del trigo y centeno, unos cereales de los que ahora

los podían prescindir sin que sus campesinos se muriesen de hambre, quienes por su parte fueron conscientes de la degradación de su dieta e, incluso, de su situación social —rebajada a veces a la condición de jornaleros—. Si a esto añadimos que los mencionados colonos pasaron a ser alimentados básicamente con polenta, sufriendo así los estragos de la pelagra, constataremos entonces que el maíz sí ocasionó cambios sociales y alimenticios muy negativos, además de que al segmentar el destino de unos y otros cereales afectó a su posición en el consumo y mercado.

Resulta claro, en definitiva, que según el medio social y su uso alimenticio las consecuencias de la difusión del maíz variaron notablemente de un territorio a otro, lo que no siempre se destaca. Y algo parecido sucedió con la patata, una planta «durmiente» durante décadas, hasta que el hambre obligó a los campesinos a cultivarla con regularidad y a consumirla. Así ocurrió en el norte de Portugal, Galicia, Asturias, Cantabria, Irlanda, Bretaña o el Macizo Central francés. Pero también en este caso los medios sociales y culturales crearon diferencias.

En la citada Irlanda, por ejemplo, sucedió con las patatas ya en el XVII algo parecido a lo que después pasará en Italia con el maíz: los colonos las sembraron como alimento principal, acompañadas de leche, para beneficio de los grandes propietarios de origen inglés, que contemplaban, con justificada satisfacción, que sus arrendatarios necesitaban de pocas tierras para alimentarse y estaban por lo mismo en condiciones de aumentar la producción de cereales destinados a la exportación. En Flandes, en cambio, las patatas se difundieron desde principios del siglo XVIII en un sistema complejo de policultivo, entraron pronto en los circuitos comerciales y contribuyeron a mejorar notablemente el nivel de vida de campesinos y tejedores, quienes vieron reducidas a la mitad sus necesidades de pan y, en el caso de los mencionados tejedores, si optaban por consumir el tubérculo, el número de jornadas que debían trabajar cada año para alimentar a la familia, tal y como Christian Vandembroeke demostró en trabajos fundamentales. Aunque no siempre en la difusión y cultivo de la patata pesaron las necesidades del consumo humano. Al respecto, y en un territorio relativamente vecino a Flandes, como el Bassin Parisien, a partir de la primera mitad del siglo XIX el tubérculo sería cultivado masiva y extensamente, no para atender a las necesidades alimentarias de los habitantes de la zona o de la ciudad de París, sino para su sistemático uso industrial en la producción de fécula de almidón y alcohol. Por lo tanto, queda claro que ese uso de la patata, como las transformaciones que su cultivo trajo consigo, variaron en función de los territorios, los contextos y los momentos históricos en los que éste comenzó a hacerse efectivo.

Dejando a un lado esta diversidad de situaciones, parece que, en general, por muchos esfuerzos que hiciesen los botánicos y naturistas, y algunos miembros de las elites políticas y sociales, para difundir el consumo de la patata —frente a la posición

contraria de bastantes rentistas—, su expansión fue sobre todo obra de campesinos. Una vez que vencieron las resistencias culturales que frenaban su empleo como alimento cotidiano, descubrieron sus enormes ventajas, reflejadas históricamente en el espectacular crecimiento de la población, la reducción de la mortalidad y el cambio de todo el complejo agropecuario, en el que destaca la mejora de la ganadería, la mayor presencia de nabos y de prados, y la intensificación de las rotaciones. Con frecuencia, cuando los botánicos y médicos desmintieron las peligrosas enfermedades atribuidas al maíz, y sobre todo a la patata, los campesinos hacía décadas que decretaran que eran plantas muy convenientes para el consumo humano.

Pero el impacto de los cultivos americanos en Europa no solo se circunscribió al mundo rural, y en éste al plano estrictamente agrícola, social o alimentario, ya que también dio lugar, en particular tras la llegada de los más variados productos coloniales al continente —azúcar, pimienta, café, cacao, etc.—, al nacimiento de mercados especializados que impulsaron importantes transformaciones en el terreno económico, social y alimentario, tanto en los lugares que los acogían como en aquellos espacios geográficos, situados a veces en puntos muy lejanos, que comenzaron a depender de dichos productos. Basta con atender en este sentido a lo sucedido en ciudades como Sevilla, Lisboa, Burdeos o Londres y en sus respectivos amplios y extensos *hinterlands* comerciales.

Resulta imposible resumir en unas pocas líneas todas y cada una de implicaciones que se derivaron de ese comercio de coloniales, caso por ejemplo de los cambios que en el terreno urbanístico, demográfico, económico, social o cultural experimentaron las ciudades que albergaron esos mercados, o los que se dieron a raíz del sistemático funcionamiento de los mismos en las tradicionales fórmulas de intercambio imperantes a nivel local, comarcal o regional; en las viejas estructuras comerciales existentes; en el consumo alimentario; en las rutas comerciales; en los grupos sociales cuya actividad giraba en torno al comercio; en las industrias que pasaron a beneficiarse directa o indirectamente de la arribada de esos coloniales; etc. Sea como fuere, estas cuestiones, como todas aquellas a las que nos hemos referido en las páginas precedentes, serán abordadas por los diferentes trabajos del presente monográfico. Éste, ha sido dividido en tres bloques, en cada uno de los cuales se estudiará a través de ejemplos concretos el impacto y las transformaciones que la llegada de los cultivos y los productos americanos introdujeron en la agricultura y el comercio europeo entre los siglos XVI y XIX.

El primero de esos tres bloques lo abren Lucca Mocarelli y Manuel Vaquero, quienes prestan atención a las implicaciones derivadas de la aparición y difusión del maíz en Italia entre los inicios del siglo XVI y finales del siglo XIX, tomando como referencia lo ocurrido en dos regiones, Lombardía, situada en el extremo norte del país, y Umbría, localizada en su ámbito centro-septentrional. Desde este punto de partida,

abordan los cambios que la nueva planta introdujo en la estructura productiva existente en el mundo rural italiano y, sobre todo, las mutaciones que originó en el tradicional funcionamiento de los mercados de cereales. De hecho, quizás una de las mayores aportaciones de su trabajo sea la de poner de manifiesto como los cambios alimentarios que provocó la llegada del maíz, sea en el mundo rural sea en el urbano, no sólo fueron de la mano del paulatino desplazamiento que conoció el trigo en los campos, sino también de la formación a nivel local y regional de unos circuitos comerciales del maíz que iban de campo a la ciudad y se extendían luego entre las distintas ciudades. Estos circuitos se consolidaron en paralelo al paulatino desarrollo que experimentaron las haciendas agrícolas, la aparición de mercaderes especializados y el nacimiento de mercados integrados que funcionaban en paralelo a los del trigo. De esta manera, entre los siglos XVI y XIX es posible asistir en Italia a la creación y consolidación de esos grandes circuitos comerciales del maíz, caracterizados por poseer un alto grado de complementariedad con respecto a los del trigo y demás cereales panificables.

Pegerto Saavedra atenderá por su parte a los efectos de la difusión del maíz en Galicia a través de las informaciones aparecidas en los libros de contabilidad de los monasterios, los cuales nos remiten a las importantes transformaciones que la nueva planta introdujo en los sistemas agropecuarios existentes con posterioridad a su adopción por el campesinado, a comienzos del siglo XVII. Este sería el caso, por ejemplo, de las registradas en el rápido desplazamiento que conoció el cultivo de los clásicos cereales de invierno; la pronta rearticulación de las distintas piezas que conformaban el viejo complejo tecnológico agrícola; el uso y explotación de los bienes comunales; la lógica sociolaboral que sustentaba el calendario agrícola; o la alteración de ciertos aspectos de la tradicional división sexual del trabajo en los campos. Asimismo, las contabilidades monásticas son empleadas también para profundizar en los cambios que el nuevo cereal introdujo en los usos y en la vida cotidiana de las gentes. Se advierte así que el maíz era consumido preferentemente por las familias más pobres del mundo rural, al punto de que ese consumo se convirtió en un elemento de distinción e identidad social, tal y como nos lo indica, por ejemplo, que los frailes de los mencionados monasterios no lo empleasen ni siquiera para alimentar a sus criados y dependientes. Igualmente, dicho consumo era rechazado por los hidalgos, pese a que como los citados frailes recibiesen el maíz bajo la forma de renta señorial y a que su venta les proporcionase buenos dividendos, con los cuales unos y otros patrocinarían la construcción de los pazos y las iglesias que constituyen el grueso del patrimonio arquitectónico del Barroco gallego.

En otro orden de cosas, Antonio Valéro Maduro estudia con precisión y minuciosidad la capacidad que las grandes instituciones señoriales del Antiguo Régimen tuvieron en Portugal para adaptar el funcionamiento de sus patrimonios agrícolas a

las innovaciones que la llegada y difusión del maíz trajo aparejadas consigo. Su investigación sobre el monasterio de la Alcobaça se sitúa más allá de la clásica atención prestada en este tipo de trabajos a la redefinición de las áreas productivas, la aparición de la estabulación ganadera o el incremento de rendimientos agrícolas, al centrarse en el estudio de las mutaciones que experimentó el paisaje agrícola tradicional, y por ende, el productivo. De este modo, consigue mostrarnos la capacidad que tuvo el mencionado monasterio para planificar la puesta a punto de nuevas áreas de cultivo; emprender obras hidráulicas que las protegiesen de la acción de las mareas y los vientos de la costa; relegar los pinares, robledales y demás masa arbórea a las laderas de las montañas vecinas; suprimir los pastos para el ganado mayor..., y todo esto, sin olvidar, pongamos por caso, profundizar en la reestructuración que conocieron los tradicionales sistemas de cuidado y almacenaje del cereal. Desde esta óptica, es obvio que en el marco de una economía señorial el cultivo del maíz constituyó una verdadera revolución técnica, agrícola y productiva. Algo que contrasta con lo que por las mismas fechas sucedía en la Península Italiana, por lo que es evidente que el cultivo de una misma planta en dos puntos diferentes del continente europeo fue capaz de dar lugar a situaciones y desarrollos históricos también diferentes. En un caso, el italiano, al patrocinar la aparición y el funcionamiento integrado de los mercados del cereal, y en el otro, en el portugués, al contribuir a reforzar las estructuras económicas y sociales del Antiguo Régimen.

Los trabajos que conforman el segundo bloque del monográfico se caracterizan por prestar atención a los efectos derivados del cultivo y difusión de la patata. Sobre lo sucedido en Portugal nos informa Margarida Neto, quien abre el suyo poniendo de manifiesto la dificultad que a comienzos del siglo XVI tuvieron los naturalistas, misioneros y colonos relacionados con la expansión colonial portuguesa para identificar sus numerosas variedades en América. A continuación, estudia la aparición y difusión de la patata en la metrópoli basándose en fuentes de distinta naturaleza de los siglos XVII y XVIII; unas, centradas en sus aspectos médico-alimentarios, y otras, en sus implicaciones productivas y sociales. Respecto a estas últimas, constata por ejemplo como a mediados del siglo XVII algunos monasterios portugueses trataban ya de cobrar tributo a los campesinos por una producción que todavía era escasa, reducida a las huertas y utilizada para la alimentación de los animales. Cien años más tarde, y a pesar de que el cultivo sistemático de la patata a pequeña escala apenas aparece referenciado, o es ocultado, las fuentes le permiten localizarlo espacialmente en determinadas regiones interiores del país, como Bragança, Beira Alta o Tras-os-Montes. En la segunda mitad del siglo XVIII, ese cultivo va a ser promocionado por las autoridades reales aprovechando las carestías y hambrunas de la década de 1760, si bien no será el patronazgo de los poderosos lo que acabe estimulando dicho cultivo, y sobre todo,

su consumo entre los humanos, sino el hambre que se extiende por el país a raíz de la invasión francesa, aunque no será hasta los inicios del siglo XX que su producción no adquiera un carácter masivo. Sobre todos y cada uno de estos aspectos profundiza luego la autora en un estudio de caso, el cual confirma que el cultivo y difusión de la patata en Portugal siguió en su desarrollo un patrón netamente europeo.

En la misma dirección se encamina el trabajo de Hortensio Sobrado, que toma a Galicia, un país limítrofe con el norte de Portugal, como referencia. De ahí las relativas similitudes que el lector podrá apreciar en el proceso que sigue la expansión del tubérculo en ambos territorios. De hecho, las fuentes manejadas permiten constatar que éste ya era conocido en el noroeste peninsular desde al menos el último tercio del siglo XVI, si bien no disponemos de noticias sobre su cultivo hasta la década de 1730, el cual conoció una rápida expansión a partir de los años setenta, al punto de que Galicia destacará a finales del siglo XVIII en el conjunto de España por ser una de las principales áreas de producción de patatas, centrada ésta sobre todo en los territorios de la llamada Galicia interior. Allí, impulsando este rápido proceso de expansión se encuentran los campesinos, que constituían el grueso de la población gallega, la cual estaba inmersa en un proceso de crecimiento demográfico que se vio circunstancialmente detenido por la crisis de 1769. Es a partir de ese instante que una población acuciada por el hambre acude al tubérculo como solución a sus males, siendo los segmentos más bajos de la ruralía los que lo cultivan, consumen y difunden. Superados los prejuicios alimentarios que pesaban sobre la nueva planta, en los años posteriores a 1770, su cultivo se generalizará entre el resto del campesinado, llegando a tener una importante presencia en su despensa alimentaria. La popularización de su consumo entre todas las clases sociales se producirá, no obstante, tras la guerra contra el francés, de tal modo que a este nivel se registra en Galicia la existencia de un antes y un después a 1780-1819. Más allá de la reordenación de las explotaciones o de la intensificación agropecuaria, las consecuencias de la expansión de la patata se sintieron aquí en un crecimiento demográfico que debió mucho a las mejoras alimentarias que supuso para aquellas especies de ganado que eran consumidas de manera habitual por el conjunto de la población rural, caso del porcino y el bovino.

Frente al papel que las instituciones señoriales o las autoridades reales hayan podido jugar a lo largo del Antiguo Régimen en la adopción y patrocinio de los nuevos cultivos americanos, Rosa Congost procede en su trabajo a revisar las clásicas tesis que se han empleado para explicar la difusión de la patata entre el campesinado catalán. Estas tesis, insisten en que el éxito o fracaso de la adopción y universalización de un determinado producto alimentario tan solo se produce tras el respaldo de una institución o de una elite que lo propague y difunda. La historiografía catalana ha acudido a esta fórmula explicativa para dar cuenta de la difusión de la patata en el

Principado entre finales del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX. Sin embargo, el carácter silencioso del proceso, junto a las evidencias históricas contenidas en los relatos populares sobre el origen de este cultivo; las noticias indirectas aparecidas en la correspondencia privada sobre el mismo a manos de masoveros; la ausencia de referencias a ese cultivo en sus contratos de arrendamiento; las menciones a él realizadas en artículos sueltos publicados en revistas de la época; las noticias ofrecidas por la prensa sobre el particular; las mejoras registradas en los niveles de vida de los pequeños propietarios de tierras entre la Guerra Gran (1793-1795) y la guerra contra el francés (1808-1814); o el resultado de los análisis realizados a partir del manejo de diferentes diccionarios históricos de la lengua catalana, conducen a pensar que el pequeño campesinado habría jugado un papel mucho más activo y protagónico en la difusión de la patata que el que normalmente suele atribuírsele. Por lo tanto, es hora ya de reintegrar su esfuerzo a las explicaciones que tradicionalmente suelen ofrecerse en Cataluña al crecimiento agrícola o a las mejoras alimenticias que los nuevos cultivos americanos trajeron consigo.

Laurent Herment aborda el tema desde una perspectiva completamente diferente, al mostrarnos a la patata como el nexo de unión, como el elemento, que a mediados del siglo XIX va a conseguir vincular en Francia la agricultura a la industria. En su trabajo constata que en la cuenca que rodea a la ciudad de París, en el Bassin Parisien, la producción del tubérculo se multiplicó por diez entre los inicios del siglo XIX y la década de 1860, pese a lo cual esa producción no tenía por objeto atender a las necesidades alimenticias de los parisinos, sino a las de una naciente industria centrada en la producción de fécula y alcohol. Se fija de este modo un tema muy poco considerado por la historia rural francesa, que ha investigado la agricultura del norte de Francia prestando una atención casi exclusiva a la producción del trigo y a su impacto en el régimen alimenticio de sus habitantes. Tratando de remediar esta carencia, el autor procederá a estudiar de manera comparada los distintos usos alimenticios de la patata en el norte de Francia; su paulatina difusión a comienzos del siglo XIX desde las huertas de los suburbios de París hasta su sistemático cultivo, unas décadas más tarde, en la cuenca que rodeaba a la ciudad; los cambios agrarios que este proceso introdujo en la agricultura del Bassin Parisien, al propiciar el descenso del cultivo de cereales en beneficio de plantas más industriales, caso de la remolacha o de la mencionada patata; o cómo la expansión de esta última estuvo asociada a una industria de la fécula y el alcohol que se instalaba estratégicamente en el ámbito rural, esto es, que se situaba a la vez en los lugares de producción y cerca de la red de ferrocarriles que debía llevarla hasta los mercados urbanos.

Los trabajos del tercer bloque atienden al impacto, pero también al fracaso, que los cultivos americanos tuvieron el ámbito del comercio y la industria europea.

Al objeto de determinar ese impacto, Isidro Dubert toma como ejemplo lo ocurrido en Galicia con los productos coloniales —cueros al pelo, azúcar, cacao, lana vicuña, café, etc.—, una vez que el puerto de A Coruña es habilitado en 1765 para comerciar en régimen de monopolio con América. Tras mostrar la existencia en el noroeste de Galicia de una estructura comercial tradicional sujeta a una lenta mutación desde al menos los inicios de la década de 1740, constata luego la posterior aceleración de la misma, primero, a raíz de la construcción del arsenal de Ferrol, y después, de la concesión de la mencionada habilitación. Esta última, convertirá a la ciudad en un importante mercado de coloniales, desde donde eran reexportados luego al norte de España, sur de Francia e interior peninsular. La llegada de estos productos a A Coruña tuvo un impacto notable en Galicia, ya que entre 1767 y 1779 consiguió alterar los flujos del tradicional comercio de cabotaje que se producía entre el noroeste peninsular y el señorío de Vizcaya; acelerar la redefinición en la que se hallaba sumido el sistema portuario gallego; modernizar la tradicional industria del curtido; alentar la llegada e instalación en la ciudad de numerosos comerciantes foráneos procedentes del norte de España, quienes, andando el tiempo, acabarían siendo la elite del comercio gallego; animar la existencia y funcionamiento de un mercado de coloniales relativamente abierto, en cuyo seno los pequeños compradores anónimos eran mayoría; y generar un volumen de fraude en el mismo difícil de cuantificar, alimentado en parte por la actividad comercial desplegada por los integrantes de las tripulaciones de los barcos correo —muchos de ellos vascos y gallegos— que iban y venían de Buenos Aires, Montevideo o Cuba.

Manuel Díaz-Ordóñez pondrá en cambio el acento en el fracaso que supuso la posible utilización de los territorios americanos, fuesen del norte o del sur, para convertirse en una fuente continua de insumos estratégicos con destino a los ejércitos y las armadas imperiales de España e Inglaterra entre los siglos XVI y XIX. Frente al éxito y a la capacidad de transformación de la realidad económica, social o comercial que tuvo la llegada a Europa de cultivos como el maíz o la patata, la opción escogida aquí es otra: estudiar la incapacidad de América para aclimatar un producto europeo —el cáñamo—, que debería de haber contribuido —de haberse conseguido— a sostener el funcionamiento, y enfrentamiento, de dos distintas opciones geoestratégicas a nivel mundial. A través de un ambicioso estudio comparado basado en un amplio elenco de fuentes, el autor constata como esa aclimatación, por distintas razones, una necesidad estratégica para España e Inglaterra, supuso por su parte el despliegue de grandes esfuerzos y la inversión de enormes cantidades de dinero en América entre los siglos XVI y XIX. Pese a no dar los frutos esperados, esas inversiones tuvieron un impacto colateral sobre sus respectivas economías coloniales y, lo llamativo, es que ambos países emplearon fórmulas semejantes para garantizarse la mencionada

aclimatación de la planta, esperando de ella un efecto retorno que no llegó a producirse. A la vista de los resultados obtenidos en cada caso, puede decirse que ambos países fueron incapaces de sacar partido a las ventajas de sus respectivos *gosht acreages*. Las razones de ello fueron múltiples, y van desde las reticencias de las políticas mercantilistas que inspiraban las políticas económicas de uno y otro país, a meros factores de naturaleza ecológica, los cuales, a este nivel, pocas veces son tomados en consideración por los historiadores.